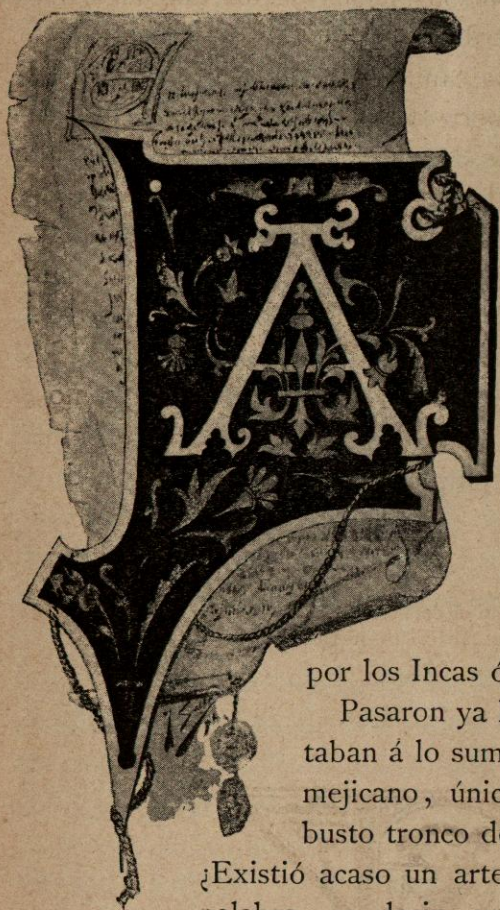


EL ARTE MAYA Y EL NAHUA



LUDIENDO al arte americano, repetidas veces se ha hecho una afirmación que en el fondo tiene mucho de verdadera. Todos los antiguos monumentos de América, se dice, aun los de las más encontradas regiones, presentan entre sí evidente semejanza, que aparece desde luego á primera vista. Pero esta semejanza, que prevalece siempre para el profano en achaques americanistas, destrúyese en gran parte ante el observador estudioso, que puede apreciar y distinguir los monumentos del arte Maya y los del Nahuatl, los levantados

por los Incas ó los debidos á los Chibchas, por no citar otros.

Pasaron ya los tiempos en que arqueólogos y críticos disertaban á lo sumo sobre el arte peruano ó sobre el mal llamado mejicano, únicas ramas en que al parecer se fraccionaba el robusto tronco de la cultura artística de la América precolombina.

¿Existió acaso un arte *mejicano*, en el sentido que suele darse á esta palabra, es decir, un arte único, fruto de una misma civilización, adornado siempre con idénticos caracteres, producto de una perdurable nacionalidad que se extendía desde Texas y Nuevo Méjico á la meridional Guatemala, y desde el Océano Atlántico al Pacífico? No por cierto. La América Central, obligado sendero recorrido por numerosas gentes y razas en sucesiva marcha desde el Norte al Mediodía, vió asentarse en su suelo hombres que hablaban distintos idiomas, practicaban encontrados usos y adoraban diversas divinidades; vió brotar en su seno civilizaciones opuestas, cuyos remotos choques balbucean, ya que no narran, la historia

y los monumentos; vió, en fin, surgir imperios que parecían indestructibles, y que cayeron á los golpes de pueblos más poderosos ó más bárbaros, á quienes la Providencia tenía reservada análoga suerte. Circunstancias todas nada propicias en verdad á dar como resultado la unidad y la homogeneidad dentro de la esfera artística.

El primer pueblo que parece haber fundado algo estable en la región central de América es el Maya, sobre cuyos orígenes y procedencia no es posible decir la última palabra. Establecido en las costas del Atlántico, en Cuba y más tarde en el Chiapas, llegó á dominar sin rival en la mayor parte de la América del Centro, formando el llamado imperio de Xibalba ó de las Serpientes. Los Mayas eran naturalmente de buena índole, humanos, religiosos y valientes; el grado de cultura por ellos alcanzado hubo de ser superior por varios conceptos al de los pueblos que les siguieron. Sus armas y vestidos, el uso que hicieron de los metales, sus conocimientos en navegación y, más aún, los códices y los admirables monumentos que de ellos se conservan, nos revelan á un pueblo que quizá nada tiene que envidiar al antiguo Egipto ó á la Asiria.

Pero una nueva raza, la Nahua, hizo su aparición, funesta para el imperio de Xibalba. Llegada hacia el siglo vi después de Jesucristo, sus empeñadas luchas con los Mayas dieron por resultado la destrucción de su imperio y la creación de otro distinto, en toda la región que, de su nombre, recibió el de Anahuac. Fué éste el imperio ó confederación Tolteca, cuyo largo dominio sobre el país considérase como el verdadero período de apogeo de la raza Nahuatl. Píntase á los Toltecas como altos, bien proporcionados, inteligentes, industriales, bravos en la guerra, amantes de su independencia, dados al comercio y cultivadores de la cerámica y la orfebrería, aunque algo sanguinarios y crueles en sus ceremonias y ritos religiosos. Con estas condiciones no es maravilla que su cultura artística rayase á gran altura, como lo acreditan las obras que nos han legado.

Sus sucesores, los feroces Chichimecas, también de raza Nahuatl, no adelantaron un paso en las vías del progreso; vencedores de los Toltecas hacia principios del siglo xii, según se cree, su arte, su civilización y sus costumbres no fueron otros que las costumbres, civilización y arte de los vencidos, sus hermanos de origen é irreconciliables enemigos en el transcurso de los siglos.

La dominación chichimeca alcanzó, sin embargo, días muy prósperos, encarnada principalmente en los reyes de Tezcuco, famosos por su magnificencia y riquezas. Pero hacia los años de 1431, una poderosa alianza de tres nuevos pueblos ó razas, los Aztecas, los Acolhuas y los Tepanecas, todos de origen Nahua, puso fin al organismo chichimeca, dando lugar poco después al triunfo exclusivo de los Aztecas, cuya preponderancia sobre la América central duró hasta que el esfuerzo de Cortés y de sus soldados abolió la autonomía de aquella región, agregando á la España antigua el preciadísimo florón de la Nueva-España.

El pueblo Azteca, ó mejicano, cruel, fanático y supersticioso, supo conservar, no

obstante, las tradiciones artísticas de los que le precedieron, llegando á poseer un arte propio, aunque dotado siempre de los caracteres peculiares de la cultura Nahuatl.

De la precedente rapidísima excursión histórica se habrá podido colegir que la civilización artística de la América Central gira en torno de dos centros importantes que corresponden á las dos grandes razas que hubieron de poblarla sucesivamente: la Maya y la Nahua. Hay, pues, un arte Maya y un arte Nahua; y á patentizar algunas de sus semejanzas y diferencias va encaminado este artículo, exento de más altas pretensiones.

La península de Yucatán y la provincia de Chiapas son los centros principales de la actividad del pueblo Maya; y el territorio propiamente mejicano ó Anahuac es el teatro de la cultura Nahuatl. Del estudio de los principales monumentos de unas y otras comarcas pueden brotar deducciones harto decisivas que sirvan para establecer de hecho las disparidades de ambos artes; por desgracia aquel estudio no está terminado, ni con mucho, siendo las obras de Waldeck y Brasseur, Charnay, Nadaillac, Peñafiel y otras menos importantes y los excelentes trabajos de Viollet-le-Duc las principales fuentes á que hoy debe acudir para llegar á un conocimiento, no completo, del arte centro-americano ¹.

Levantemos acta, de antemano, de algunas de las analogías que existen entre las obras de las dos civilizaciones de la parte central del nuevo continente: civilizaciones cuyas relaciones mutuas, que debieron de durar por espacio de muchos siglos, hubieron forzosamente de traducirse en mutuas influencias, que no se ocultan al análisis experimental. Constante ley de la historia es ésta, de que en vano habría intentado escapar la extensa región de Centro-América.

Hase establecido como el verdadero y principal carácter de las construcciones americanas, el ciclópeo ó megalítico, salvo las diferencias técnicas, afirmación que tiene mucho de exacta. En efecto; la afición á las grandes masas, á los monolitos colosales y á la sencillez en la construcción son otras tantas pruebas de la verdad de aquel aserto. Pero en los monumentos de la región central de América hemos de hallar condiciones generales, que representan lo que tuvieron de común ó de análogo las distintas civilizaciones á que fueron debidos.

Debe tenerse como nota peculiar á todos ellos el carácter religioso ó hierático, que se ostenta lo mismo en los templos que en los palacios; que se revela en la disposición de los edificios, en los personajes ó escenas representadas en esculturas y relieves, en la índole de los jeroglíficos y hasta en las tradiciones locales, de marcado sabor simbólico.

Llámense Votan ó Quetzacoatl, Camaxtli ó Tonacateatl, los dioses triunfan, pre-

¹ No se nos oculta que el nombre genérico de Centro-América ó América Central sólo se aplica, ó debe aplicarse para hablar con toda propiedad, á la accidentada región que se extiende desde el istmo de Tehuantepec al de Panamá, y no á la actual república mejicana. Pero las grandes conexiones del arte de Yucatán y Chiapas con el de Méjico; el constituir hoy estas regiones una sola nacionalidad; el deseo de la brevedad en las calificaciones genéricas, y el ejemplo del sabio arqueólogo Nadaillac, quien en su *Amérique préhistorique* incluye entre los pueblos y las ruinas de la América Central las ruinas y los pueblos mejicanos, nos han impulsado á conceder una amplitud que no tiene al calificativo de centro-americano.

ponderan y se manifiestan siempre, ora reciban adoraciones del antiguo Maya, ora llenen el corazón del Azteca.

En la arquitectura de Mayas y Nahuas obsérvase una persistente tendencia á la forma piramidal de base rectangular. Este género de construcción, adoptada ya desde la más remota época por los egipcios para sus enterramientos, y que parece adecuado símbolo de una duración casi eterna, hállase en los distintos países de la América central, sin distinción de climas y razas. En el Anahuac como en el Chiapas, en Yucatán como en Tehuantepec, pirámides truncadas sirven de asiento á teocallis y palacios, cual si los constructores hubieran obedecido á una consigna. ¿Prueba esto las influencias del antiguo continente sobre el nuevo, ó representa una espontánea creación del genio americano? No es esta la ocasión de intentar averiguarlo.

Carácter común muy significativo es la carencia absoluta de bóvedas cimbradas, en lo cual difieren los del Centro-América de los peruanos. Úsanse, sí, falsas bóvedas, hechas con sillares que van aproximándose, hasta que se juntan en la cúspide, disposición que se observa en Palenque; pero la sencilla disposición adintelada y horizontal predomina por doquiera.

No es frecuente en la construcción centro-americana el empleo de la columna como medio de soporte; pero columnas ó restos de ellas se han hallado en muy distantes territorios de la actual república mejicana, correspondientes á las varias dominaciones por que pasó el país. En Chichen-Itza, ciudad maya del Yucatán, las columnas ó zócalos de ellas que se han encontrado llegan á 480, mientras que en Tula, la antigua capital tolteca, han aparecido también varias columnas, algunas en basalto, y una muy curiosa, por las finas labores de que está cubierta y por el raro sistema de ensamblaje de los tambores de su cilíndrico fuste. Quemada, ciudad enclavada en el Zacatecas, de probable origen azteca, conserva entre sus extensas ruinas varias columnas de pórfido gris, aún en pie, algunas de las cuales debieron formar parte de un pórtico. En Mitla, finalmente, capital de los Zapotecas, pueblo mixto de mayas y nahuas, eran de ver las seis grandes columnas, sin base ni capitel, que sostenían la techumbre de la principal sala del palacio.

La especial colocación de los monumentos religiosos, asentados sobre pirámides truncadas, requería que en la parte superior de estas pirámides se formara una plaza ó meseta, cuyas dimensiones varían mucho, pero cuya presencia se descubre constantemente. Lo mismo en Copan que en Tenochtitlan, en Yucatán que en Centla, es decir, en regiones ó localidades mayas ó nahuas, existe ó existió esta plataforma superior, muy apropiada á las ceremonias, casi siempre sangrientas, del culto de aquellos pueblos.

En el sistema ornamental de los edificios monumentales hay rasgos comunes que no deben pasar inadvertidos. Entre las molduras domina con frecuencia la simple banda, que corona el muro ó le divide en sentido horizontal. Un filete ó una banda suele dividirle verticalmente. Como quiera que sea, la línea recta es siempre tan preferida como menos frecuente el uso de la curva, á pesar de lo cual, suele aparecer la

ondulada. Fuera de estos ornatos, propios, en mayor ó menor escala, de todos los pueblos cultos, y fuera de los meandros ó grecas, de las celosías ó enrejados, que también emplearon muchas veces, los americanos diéronse con frecuencia á la reproducción de motivos zoomórficos, muy conformes por cierto con la naturaleza de sus simbólicas tradiciones religiosas. Mostraron especial afición á la serpiente, que tanto abunda en aquellos ardientes climas. Y á la verdad, no en vano el antiguo imperio Maya llamóse también *de los Chanes*, ó sea de las serpientes; como no en vano el venerado nombre de Quetzacoatl vale tanto como *la serpiente cubierta de plumas*, y el supremo dios de los nahuas, Tonacateatl, equivale etimológicamente á *la serpiente-sol*. Recuerdos de una y otra mitología son, pues, entre varias más, la enorme serpiente que corre sobre toda la fachada de la, por esta razón, llamada *Casa de la Culebra*, en Uxmal; las numerosas que, como constante motivo de decoración, se observan en los edificios de Chichen-Itza y las que existen ó existieron en algunos monumentos mejicanos.

Pero en medio de tan palpables analogías, que demuestran la unidad de la alcurnia artística, diferencias muy apreciables permiten distinguir, en lo que el actual estado de la ciencia consiente, los monumentos mayas y los nahuas, productos diversos de una misma y primitiva causa generatriz. No de otro modo el arte latino-cristiano contribuyó á la formación del bizantino y el románico, tan distintos, sin embargo, en el elemento técnico como en el mórfico. No de otro modo, tampoco, el risueño arte plateresco y el severo greco-romano debieron su sér al fecundo árbol del arte renacido del siglo xv.

Hay que distinguir, en el arte maya, los monumentos del Chiapas y los del Yucatán. Sobre la filiación de los primeros no parece haber duda; pero sobre la de los segundos se han suscitado algunas, no faltando quien en éstos vea marcadas influencias toltecas. Lo indudable es que el arte yucateca, más moderno que el chiapaneca, representa un lazo de unión entre éste y el mejicano; como dentro del arte puramente maya, los monumentos de Copan son el punto intermedio entre los de Palenque y del Yucatán. Pero unos y otros ostentan caracteres comunes bien determinados, como es la presencia de los jeroglíficos, hasta hoy indescifrados, que alternan con los relieves esculpidos ó grabados en el granito ó en el pórfido.

En el arte maya-chiapaneca, producto de una civilización tan antigua como adelantada, es digno de observarse el número, la importancia y las dimensiones de los monumentos que nos ha legado. La ciencia en la factura, el gusto en la distribución de los edificios y la riqueza de ornamentación son condiciones que admiran al visitante de Palenque y de Copan.

El carácter ciclópeo aparece quizá más acentuado en los monumentos del Chiapas. Los muros, de inmensos bloques de piedra, del templo de Copan, y los gigantescos sillares del palacio de Palenque, dan idea de una raza de titanes, á cuyas órdenes trabajaría un enjambre de esclavos, míseros cautivos arrancados quizá á su lejana patria tras porfiadas luchas y conquistas. Es un buen ejemplar en su género la torre de

Palenque, sólida construcción, de que se conservan tres cuerpos en forma de retallo, terminado cada cual en una cornisa. Las cámaras, pasillos y escaleras que llenan su interior son el mudo elogio de los arquitectos palenquinos, que hicieron aquí alarde de su destreza.

Hay en el palacio de Palenque una puerta, reproducida en la monumental obra de Waldeck y Brasseur de Bourbourg¹, á que este explorador llama «de estilo morisco», curioso dato en pro de la originalidad del arte maya. Los tres grandes lóbulos con que remata superiormente no hacen pensar al arqueólogo en los monumentos arábigos de España ó de Oriente, pero revelan una fantasía libre de trabas y un gran deseo de huir de lo vulgar y trillado. Como detalle de la arquitectura maya-palenquina, no debe olvidarse la serie de nichos de albañilería que aparecen en los muros del palacio, cuya forma es aproximadamente la de una T, y acerca de cuyo empleo corren variadas hipótesis.

Rama importantísima del arte maya-chiapteca es la escultura, y principalmente el relieve, de marcada tendencia decorativa. Palenque, la en lo antiguo tan opulenta ciudad, que ha merecido ser llamada la Tebas americana, es aún muy rica en aquellas obras de arte; verdaderamente artísticas, sí, y no puramente arqueológicas, como podrían creer los sistemáticos detractores del arte americano. Y es que con la escultura maya ocurre lo que con la egipcia; en la escena histórica preséntanos ya perfecta desde sus principios hoy conocidos. Arte realista, inspirado en sus orígenes en la observación de la naturaleza, sus obras más bellas son las de más remota fecha, en tanto que las modernas consúmense en la rutina y en la decadencia. La escultura de Palenque es á la de Chichen-Itza, por ejemplo, con relación al arte maya, lo que la menfita es á la tebana y saita con relación al egipcio.

El relieve es, pues, gran elemento ornamental en el monumento maya. Cuando el artista emprende su tarea sirviéndose como materia del granito, la gran dureza de éste y la poca costumbre de aquél, imprimen á la obra cierta pesadez de factura que no destruye la armonía en las proporciones y la expresión en los semblantes de las figuras, rasgos bien patentes en los relieves que decoran las salas del palacio de Palenque. Pero cuando, mejor aconsejado ó más previsor, echa mano del estuco, brotan de su cincel obras que bien pueden llamarse verdaderamente bellas. Ejemplos repetidos tenemos en el propio palacio, que puede envanecerse con la posesión de los mejores relieves de la antigua América. Vense en ellos diversas escenas, compuestas generalmente de dos personajes, que revelan en sus perfectas proporciones y franca factura un arte muy adelantado. Las figuras, cuyas cabezas y cuerpos aparecen ricamente ataviados con tocados extraños, dijes y joyas de varias formas, marcan bien los caracteres físicos del pueblo maya: figura esbelta, frente deprimida, lengua y aguileña nariz y labios prominentes. El desnudo aquí, nunca contrario á la decencia, está tratado con notable conocimiento anatómico, y la expresión individual raya á gran altura.

¹ *Monuments anciens du Mexique. Palenqué et autres ruines de l'ancienne civilisation du Mexique...*, par M. de Waldeck et M. Brasseur de Bourbourg, etc.—Paris, 1866.

Larga sería nuestra tarea si nos propusiéramos describir á la menuda los principales relieves de Palenque. En la imposibilidad de hacerlo, recordemos tan sólo algunos de los más importantes, como testimonio de las afirmaciones que hemos hecho tocante á esta frondosa rama del arte Maya. Uno de los asuntos representa á un vencedor y un vencido; aquél parece amenazar, y éste, hincado de rodillas y con las manos juntas sobre el pecho, implora clemencia, admirable por su verdad y realismo. En otro relieve mírase á una reina ricamente engalanada, sentada con las piernas cruzadas sobre una especie de sofá, ante quien una esclava de distinta raza, quizá etíope, sentada de igual manera en el suelo, presenta una ofrenda. Entre los edificios de Palenque se cuenta el llamado *Templo de la Cruz*, por demás pintoresco, y particularmente famoso por el relieve, hoy existente en el Museo de Washington, á que debe su nombre. En su parte céntrica vése una cruz muy recargada de adornos, que apoya en una cabeza monstruosa hecha con trazos geométricos, y que va superada por un ave fantástica. Dos personajes aparecen á derecha é izquierda, vistiendo y ostentando los trajes y joyas tan peculiares de aquellos hombres, y al parecer ofreciendo al aquí misterioso símbolo presentes variados. En el relieve del santuario de otro edificio dicho *Templo del Sol* desarróllase análoga escena de ofrenda, con la circunstancia de que el ídolo ó trofeo central y sus adoradores véense sustentados por cautivos ó vencidos colocados en difíciles é incómodas posiciones: grupo bien ejecutado en que es de ver, sobre todo, el bello plegado del paño que se arrolla al cuerpo del personaje de la derecha. Entre los mejores relieves de Palenque, por último, debe citarse uno que reprodujo Waldeck ¹ y que representa á un alto personaje sentado en historiado sitial; cubre su cabeza un á manera de gorro frigio con plumas, viste airosa faldilla y ostenta adornos variados en el pecho, brazos, manos, piernas y pies. La perfección que se revela en el conjunto y en los detalles y la pureza de perfil del personaje representado prestan un alto valor á esta bella producción del arte americano. Baste para muestra la mención de estos relieves, algunos de los cuales conservan todavía los colores de que fueron cubiertos.

No se halla tan bien representada la estatuaria chiapaneca; no parece sino que, cual ocurrió en Asiria, sus productos alcanzaron escasa importancia, comparados con los relieves. Así y todo, algunas estatuas procedentes de Palenque y de Copan pueden darnos la pauta del estado de la gran escultura en aquella región bajo el imperio de Xibalba. Tal es la que halló Waldeck en el templo de la Cruz, para el cual, con otra análoga, hubo de servir de soporte. Menos perfecta en su factura y proporciones que los relieves ya citados, parece ser un producto híbrido ó decadente, poco conforme con las demás obras á que tan próxima se halla. Alto tocado, cara inexpresiva, larga túnica que llega hasta los pies, miembros y facciones modelados sin finura, actitud rígida y símbolos extraños que sujeta con las manos, son las notas características de esta estatua, que más recuerda á las egipcias y asirias que á las centro-americanas. También reproduce Waldeck otra estatua en basalto, la más per-

¹ *Monuments anciens du Mexique.*

ESCUELA DE ESTUDIOS
HISPANO-AMERICANOS

E. P. F. C. A.

fecta, según dice, entre cuantas vió y dibujó. Aunque según él representa á Quetzalcoatl, parécenos una divinidad Maya; el rostro, con los ojos cerrados, está muy bien modelado, pero las proporciones del cuerpo son malas, ó mejor aún, no hay proporciones. En las ruinas de Copan halláronse muchas estatuas, obeliscos y columnas cargadas de esculturas, en que no aparece mal representado el arte del Chiapas. Una de aquellas estatuas, reproducida por el marqués de Nadaillac ¹, parécele á este arqueólogo la más alta expresión del arte Maya; y si en realidad es así en cuanto á lo rico de la ornamentación y á la finura de la ejecución, no lo es ciertamente cuanto á la sencillez de la composición, tan notable en otras obras.

No es dable extendernos en las consideraciones que nos sugiere la vista de estas esculturas; no podemos describir las cabezas y trozos hallados en Palenque, por cuya perfección merecieron de Stephens ² ser comparados con los productos del arte griego; ni detenernos en el examen de las terras cotas palenquinas, dotadas de no escaso realismo. El estudio de estas obras del arte centro-americano llevaríanos demasiado lejos, si bien confirmaría la favorable idea que seguramente habrá formado el lector acerca del mérito del arte Maya-chiapanea.

El de Yucatán, aunque de filiación análoga, no deja de ofrecer diferencias, debidas probablemente á la presencia de los toltecas, que parece dominaron cierto tiempo sobre el país. Diferencias y analogías déjense bien sentir en la Arquitectura, en la que encontramos por lo común cierta tendencia á lo armónico y regular, tanto en la disposición general de los edificios como en la particular de los materiales. En las plantas, en la ordenación de las salas, cámaras y corredores, el sistema es muy parecido al peculiar del arte Maya; algún ejemplo hay, empero, de plantas circulares, como ocurre con el pequeño edificio llamado el *Caracol*, que se conserva en Chichen-Itza.

Distínguese la construcción yucateca por lo perfecto del aparejo de los sillares, circunstancia en que excede á la del resto de Centro-América. Estos sillares suelen ir unidos por un mortero á que los siglos han dado gran dureza. Es curioso observar en algunas ruinas la gran semejanza que la disposición de su sillería ofrece con el *opus quadratum* de los romanos: testigo el pórtico de Kabah, localidad cercana á Uxmal.

La ornamentación arquitectónica suele ser vigorosa y acentuada, no faltando ocasiones en que aparezca ostentosa y rica; pero obsérvase la tendencia á engalanar preferentemente el exterior de los monumentos, dejando á veces en inesperada desnudez los interiores. Ejemplos de esto son la *Casa del Gobernador* y la *Casa de las Monjas*, en Uxmal, donde, mientras el interior aparece desprovisto en absoluto y sin traza alguna de decoración arquitectónica, de pinturas ni esculturas, las fachadas externas presentan curiosos frisos ornamentales, abundantes en arabescos, meandros y molduras las más variadas, que revelan la originalidad y fantasía propias de este

¹ *L'Amérique préhistorique*.—París, MDCCCLXXXIII.

² *Views of Ancient Monuments in Central America, Chiapas and Yucatan*.—Nueva York, 1844.

arte y recuerdan las obras de la Arquitectura en madera. Como detalle singular debe señalarse la carencia absoluta de ventanas; la luz penetraba únicamente por las puertas, que al efecto solían multiplicarse en una misma fachada.

La escultura del Yucatán suele ofrecer más energía que la de Palenque, pero nunca mayor perfección y belleza; antes al contrario, las figuras son desproporcionadas y rechonchas, sin que revelen nunca el bello tipo humano fijo en los monumentos del Chiapas. Una de las estatuas más notables es la descubierta en 1875 por el doctor Le Plongeon en Chichen-Itza, conservada hoy en el Museo de Méjico. Parece representar á Chaac Mol, legendario rey ó jefe del Yucatán; y figúrasele casi extendido sobre una piedra sepulcral, vistiendo con sencillez y calzando extrañas sandalias, análogas á las de las momias guanches en las islas Canarias. La *Cara gigantesca*, de Ixmal, escultura de siete pies de altura, hecha de grandes piedras talladas que componen las distintas facciones del rostro humano, es otro ejemplo de la energía que los yucatecos imprimían á sus obras. Notable por su fuerza expresiva, parece, como la gran esfinge egipcia, tender su mirada á través de los siglos.

El relieve en estuco es también de frecuente uso en el país. Las obras de este género en el *Circo* de Chichen-Itza, en que aparecen muchas figuras humanas y los escasos restos conservados en Labná, son dignos de tenerse en cuenta, tanto por su importancia intrínseca, cuanto por las diferencias notables que les separan de los relieves de Palenque. Pero donde se hacen más patentes estas diferencias es en las pinturas, de que el Yucatán conserva curiosas muestras. En el mismo circo de Chichen-Itza existen obras de este género en buen estado de conservación, que representan ora procesiones de sacerdotes, ora concursos guerreros, ora escenas de ofrenda; observándose aquí el tipo yucateca, muy diferente del de Chiapas, como distintos son también los arreos, trajes y armas usados en una y otra comarca. En la *Casa de la Culebra*, de Uxmal, en el principal de los edificios de Labná y en otros parajes del Yucatán, consérvanse restos policromos que, aunque muy deteriorados, acreditan la afición de sus habitantes á este arte decorativo y hacia los tonos vivos y brillantes.

Tal es el arte Maya en las dos direcciones que siguió, que más bien pueden considerarse como sucesiones cronológicas. Espléndido á veces, perfecto y armónico otras, original y robusto siempre, ocupa por derecho propio un puesto de importancia en la historia artística, que si pudo negarle la ignorancia, le concede de hoy más la crítica contemporánea.

Volvamos ahora la vista hacia el arte Nahua, ó Nahuatl, cuyos monumentos fueron muy renombrados ya entre los conquistadores españoles por su grandeza é importancia. Desdicha grande es que los azares de la lucha que fué forzoso á nuestros compatriotas sostener; que el embate de los siglos y la incuria, cuando no la culpable iniciativa de los mejicanos modernos, hayan hecho desaparecer los más preciados frutos del antiguo arte Nahua, cuyo completo estudio tan fecundo y aprovechado sería para la ciencia. De los monumentos de Méjico, debidos, como es sabido, á los Aztecas, nada se conserva; ni aun se puede precisar la situación de los soberbios

ESCUELA DE ESTUDIOS
HISPANO-AMERICANOS

BIBLIOTECA

templos y palacios tan ponderados por los antiguos escritores españoles. Tula, la capital tolteca, es conocida sólo por su nombre. Forzoso es, pues, acudir á las ruinas que aún subsisten y á las descripciones, generalmente no muy precisas, de los autores antiguos, para darse alguna cuenta del arte Nahua, ó bien mejicano.

Los edificios sagrados y reales solían estar enclavados en el centro de un recinto rectangular, especie de *temenos*, donde acaso radicaban las viviendas sacerdotales y las varias dependencias necesarias al culto de los dioses y á la corte de los reyes. Toltecas y Aztecas emplearon diversos sistemas de construcción, según la importancia de la obra que traían entre manos, y principalmente según la abundancia ó escasez de determinados materiales. La cantería, con piedras pequeñas y mortero de cal ó arcilla, fué muy usada para el interior de los muros, revestidos frecuentemente con cal ó cierta especie de cemento. No desdeñaron el ladrillo cocido ni el adobe, de unas quince pulgadas de longitud, que aseguraban con mezclas de gran consistencia. En cuanto á la sillería, empleáronla con arte, valiéndose especialmente del granito, tallado con mucha delicadeza y perfección. Para las techumbres echaron mano de la piedra y de la madera. En la hermosa pirámide de Cholula, monumento tolteca de entre los siglos VII y X de J. C., puede apreciarse la construcción en adobes, de cohesión sorprendente. En el templo de Xochicalco, uno de los más curiosos de América por su buena factura y por su situación en una eminencia cónica de 350 pies de altura, admírase el bello aparejo, compuesto de bloques de granito porfídico, unidos por aproximación sin mortero de ningún género.

El arte Nahua lleva consigo una sencillez en lo fundamental y en lo accesorio, que quizá presta mayor elegancia á sus monumentos. Pirámides hay, como las de Papantla, Guatusco, Tusapan, Teapantepec y Tehuacan, en que el mérito no debe buscarse en la ornamentación, que es muy sobria, cuando no nula en absoluto; en cambio las proporciones suelen ser excelentes, excluyendo la mezquindad y rechonchez propias de otros monumentos americanos.

Al contrario que los Mayas, los Nahuas parecen haber gustado más bien de la pompa interior que de la exterior de los edificios. Los templos mejicanos, y principalmente el del dios Huitzilopochtli, ostentaban deslumbradora riqueza en esculturas, pinturas y paños, riqueza de que ni rastros quedan. Análogo fué el destino de los templos y palacios de Tezcuco, la rival de Méjico, famosa por su gran florecimiento y por el esplendor de sus reyes.

Ora fuese por las constantes guerras que asolaban el Anahuac, ora por la índole naturalmente belicosa de Toltecas, Chichimecas y Aztecas, es lo cierto que la arquitectura militar alcanzó en el país una importancia de que careció entre los Mayas. Centla, Huatusco y Quemada parecen haber sido, entre otras ciudades, principales centros estratégicos y de defensa, verdaderas acrópolis ó ciudadelas ante las que el enemigo habría por necesidad de detenerse. En aquellas localidades, pirámides robustas y de escasa elevación y muros que á veces alcanzan un espesor de doce pies, son todo lo que resta de las fortificaciones de los Nahuas.

Hubo un pueblo en la América Central, que, mixto probablemente en su origen de Mayas y Nahuas, á unos y otros se asemeja por varios conceptos, aunque en razón á su arquitectura más parentesco tiene con los segundos que con los primeros. Este pueblo fué el Zapoteca, que habitaba en la actual provincia de Oaxaca, junto al Océano Pacífico, y cuya antigua capital, Mitla, conserva aún ruinas de importancia indudable, que han sido objeto, por parte de algunos arqueólogos, de entusiastas elogios. Ponderase en el principal de los edificios de Mitla la regularidad en la construcción, la perfecta unión de los materiales entre sí y la pureza de las aristas. La técnica es más parecida á la maya-tolteca del Yucatán que á la de Palenque; forma el grueso de los muros un compuesto de piedras y mortero ó bien arcilla, apareciendo un revestimiento exterior hecho también de piedras de pequeñas dimensiones y perfecta talla, cuya especial disposición da lugar á variadas combinaciones geométricas. Vemos aquí el carácter megalítico, generalmente asignado á los monumentos americanos, atenuarse de notable manera, cediendo la plaza á sistemas más adelantados y modernos. Efectivamente, la fecha del palacio y de las demás construcciones de Mitla, es, con bastante, más reciente que la de los edificios de Yucatán y del Chiapas.

Como principales elementos de decoración, figuraban en Mitla caprichosas esculturas hoy desaparecidas, capas de estuco pintadas de rojo y mosaicos de pequeñas piedras dispuestas en diversas combinaciones. En los frisos del exterior é interior del gran palacio preséntase el meandro como dominante y casi único elemento decorativo. Poco de esto se conserva hoy; pero á juzgar por las descripciones de los exploradores, todo ello acusaba un arte adelantado.

La escultura Nahua no puede compararse con la Maya, de la que se halla muy distante. Convencionales y rechonchos, de factura dura, los ídolos mejicanos son muy inferiores á los bellos relieves de Palenque, en que la raza representada tampoco se aproxima á la del Anahuac. Lo propio puede decirse de los relieves y de los productos de la antigua cerámica mejicana.

En cambio la pintura parece haber alcanzado cierta importancia desde el remoto período tolteca; pero sus primeras obras perecieron á manos de Chichimecas y Aztecas. Gran parte de las de estos últimos también sufrieron la misma suerte después de la irrupción española; si bien por algunas existentes hoy en el Museo de Méjico puédese juzgar del mérito de este arte, escaso ciertamente si á las reglas de la Estética y á las exigencias de la belleza nos atenemos. Porque fuera del colorido brillante y limpieza de trazado, cualidades recomendables en alto grado, hállase constantemente una negación de la realidad, una ausencia de gusto y unas desproporciones tales en las figuras, que hartó revelan un arte infantil, ó más bien un arte decadente, desprovisto en los más casos de las condiciones requeridas por la verdadera obra artística.

Creemos haber puesto de manifiesto en el curso de estas páginas las razones que impiden considerar al arte centro-americano como un arte homogéneo y provisto generalmente de idénticos caracteres. La etnografía, los idiomas, las costumbres y los

monumentos concurren de consuno á diversificar las civilizaciones que dieron vida al suelo centro-americano. Cuanto á estos últimos, á los monumentos, no es posible negar que el mayor carácter megalítico, la profusión ornamental y la belleza del relieve propios de Palenque, poco tienen de común con la perfección del aparejo, la decoración relegada al exterior de los edificios, el recuerdo de la arquitectura en madera, la inferioridad de la estatuaria y la diversidad del tipo humano peculiares del Yucatán. Y si con estas condiciones ponemos en parangón la pompa preferida para el interior de los recintos, la bondad en las proporciones arquitectónicas, la especial importancia del arte militar, la extensión alcanzada por la pintura entre el pueblo Nahua, habremos de reconocer de hecho la variedad de la cultura artístico-plástica de las diversas gentes que poblaron la parte central del llamado Nuevo Mundo. La idea no es nueva; las divergencias fundamentales conocidas son ya de los inteligentes. ¡Plega á Dios que una última serie de investigaciones y de descubrimientos afortunados acabe de descorrer de una vez para siempre el velo que aún oculta el pasado de un gran arte, tanto más interesante cuanto más desconocido en su génesis y en la correlación rigurosamente exacta de sus manifestaciones principales!

EL VIZCONDE DE PALAZUELOS

